

# EL SUSTRATO DE LA EDAD DEL BRONCE Y SU PROCESO EVOLUTIVO<sup>1</sup>

Ana María Muñoz Amilibia

Área de Prehistoria

Universidad Nacional de Educación a Distancia\*

## RESUMEN

El Calcolítico se muestra en el Sureste como continuador de muchas tradiciones del Neolítico Final, pero con una serie de innovaciones que le confieren una personalidad propia: poblamiento al aire libre, fortificaciones, cabañas circulares, nuevas formas cerámicas, metalurgia. El campaniforme y los modos de enterramiento, al final del Calcolítico, marcan la transición al Bronce.

**Palabras clave:** Calcolítico, Sureste, Megalitismo, Campaniforme, Enterramientos colectivos.

## ABSTRACT

The Calcolithic period in the South East is a continuation of many traditions of the end of the Neolithic period, but with a series of innovations giving it its own personality; settlements in the open air, forts, circular huts, new ceramic forms and metallurgy. The bell-shape and burial methods, at the end of the Calcolithic period, mark the transition to the Bronze Age.

**Key words:** Calcolithic period, South East, Megalithism, Bell-shape, Collective burial.

## I. INTRODUCCIÓN

Aunque el título del presente artículo parezca muy concreto, como si diera por sentado que conozco bien el sustrato de la población argárica, y la forma en que se produjo la evolución, desde el Calcolítico, hacia una sociedad propia de la Edad del Bronce, la verdad es que las cosas no están tan claras como podría parecer o como nos gustaría que estuvieran. Lo que sí es una realidad es que, en el Sureste, se puede seguir una larga etapa, que pudo durar más de medio siglo, en que se documenta el proceso inicial de la metalurgia del cobre desde el mineral en bruto de partida,

la fase primitiva de fusión y los primeros útiles elaborados localmente. Y este conocimiento arranca precisamente de los trabajos de Luis Siret, al que ahora recordamos. Se trata del Calcolítico, que si en ocasiones es difícil de separar del Neolítico final, en el que se forma, si adquiere una personalidad propia que llega por lo menos hasta el vaso campaniforme. Desde ese punto de vista, creo que si pode-

---

<sup>1</sup> Este artículo fue mi contribución a la I Reunión Internacional sobre la Cultura argárica, celebrada en Lorca en 1997, en memoria de Luis Siret en su centenario. Agradezco a M<sup>a</sup> Manuela Ayala, organizadora de la Reunión, y a la revista *Anales de Prehistoria* que hayan considerado de interés su publicación, a pesar de los años transcurridos. No he podido actualizarlo, como me hubiera gustado y tampoco he cambiado su estilo un tanto coloquial.

---

\* Facultad de Geografía e Historia. Senda del Rey, s/n. 28071 Madrid. e-mail: amunoz@geo.uned.es

mos decir que conocemos bastante bien el sustrato (Hurtado, 1995).

Ya es más difícil establecer el proceso seguido, y, a pesar de ello, no nos impide reflexionar sobre tema tan atrayente. En algunos trabajos de síntesis, suele ser frecuente tratar conjuntamente el Calcolítico y la Edad del Bronce (Martínez Navarrete, 1989; Martín de la Cruz, 1991; Fernández Posse y Martín, 1991; Eiroa, 1995), aunque no se deduzca claramente la evolución del sustrato Calcolítico al del Bronce. Un interesante proyecto de investigación dirigido precisamente al estudio del cambio cultural del IV al II milenio en la comarca del noroeste de Murcia, ha sentado las bases bioeconómicas del entorno, pero de momento, que yo sepa, no se han publicado los resultados desde un punto de vista cultural, cuya orientación planteó Gilman en el prólogo: relación entre el cambio tecnológico y la evolución social, importancia de las relaciones sociales que dirigen la producción, riesgos de los «Modos Domésticos de Producción» (MDP), cuyo final daría lugar a la aparición de sociedades estratificadas en el Calcolítico y Bronce... (López García, 1991).

En cierto modo me siento obligada a confesar que creo en la posibilidad de acercarnos lo más posible a la verdad, y que nuestro trabajo ha de ser crítico y al mismo tiempo esperanzado si queremos avanzar en el progreso de nuestra ciencia. Existe en ciertos casos una actitud de «relativismo posmoderno», que considero totalmente ineficaz y reaccionaria, como muy bien ha advertido recientemente Jose Antonio Marina, que recoge una clara denuncia de Noam Chomsky: *«Hoy día los herederos de los intelectuales de izquierda buscan privar a los trabajadores de los instrumentos de emancipación, informándonos de que el proyecto de los enciclopedistas ha muerto, que debemos abandonar las ilusiones de la ciencia y de la racionalidad -un mensaje que llenará de gozo a los poderosos, encantados de monopolizar esos instrumentos para su propio uso»* (Marina, 1997). Es con este espíritu libre, aunque espero que racional y crítico, como quiero abordar el tema.

Como ya pasaron de moda los venerables tiempos de las oleadas, invasiones y demás sistemas parecidos de explicación difusionista de un cambio cultural, hoy en día estamos en pleno «proceso» de explicación evolucionista a partir de un sustrato preexistente, que llegaría al cambio cultural por unos mecanismos más simples, menos complicados, al menos en teoría. De ahí el título que «me impuse» cuando se me invitó a participar en este encuentro sobre la cultura argárica, porque creo que hay una base demográfica consolidada en nuestra población prehistórica desde el Paleolítico Superior, a partir de la cual se fueron desarrollando las poblaciones posteriores.

Esto no quiere decir que haga un acto de fé «procesual» como es frecuente en muchos autores. Yo la fé prefiero reservarla para otras cuestiones. A veces, dá la sensación de que los arqueólogos no nos entendemos. Más que por diferencias generacionales o de escuelas «tradicionales» o

«nuevas», por falta de comunicación, incluso por falta de actitud comunicativa. Hace unos días, el Presidente de la República Checa, Vaclav Havel, en su discurso pronunciado con motivo de haberle sido concedido el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, se refirió a la comunicación como forma de encuentro y entendimiento humano<sup>2</sup>. Dijo que actualmente falta comunicación, que por eso no nos entendemos, y mencionó en concreto la nueva «jerga» tan frecuente entre científicos.

Creo que en nuestro caso esta opinión muchas veces se cumple. Si no fuera por un léxico un tanto artificioso, ampuloso, que parece querer ser críptico, sólo para iniciados, creo que todos nos entenderíamos mejor sin necesidad de expresar, como en un acto de fé, la adopción del sistema «procesual», con un adjetivo muy del gusto de los que antes se llamaron «nuevos arqueólogos».

Nuestra ciencia prehistórica tiene suficiente historia científica y madurez como para reclamar una metodología propia, sin necesidad de recurrir a la vieja filosofía de la ciencia —que se tuvo en cuenta desde sus comienzos más puros en las distintas tendencias de investigación—, y que ahora se presenta muchas veces adulterada para usos antropológicos. En la Prehistoria española bastaría recordar la figura de Bosch Gimpera con sus interpretaciones claramente evolucionistas en temas tan controvertidos como el megalitismo, el vaso campaniforme o la cultura argárica (Bosch Gimpera, 1932; *id.*, 1944), que algunos han interpretado como «reflejo político» del indigenismo «nacionalista». A mi en cambio, me parece un buen ejemplo de independencia en una época plenamente difusionista, y no creo que necesite ninguna interpretación de cariz político.

## II. EL CALCOLÍTICO

Para tratar de seguir ordenadamente el proceso, voy a empezar por el sustrato, que en este caso correspondería al del periodo que llamamos Calcolítico. En varias ocasiones me he referido a la personalidad del Calcolítico en nuestra Prehistoria, reclamando para él un lugar propio, aunque sea por el espacio cronológico que ocupa, y que no puede equipararse al Bronce I de otras zonas europeas. Por un lado representa la expansión y consolidación de las formas de vida neolíticas y por otro la adopción de una nueva tecnología, que ha servido para denominar el periodo, independientemente de que haya o no, objetos de cobre o muestras de actividad metalúrgica, en determinados contextos (Muñoz, 1997). El Calcolítico hereda, es continuador, de muchas manifestaciones culturales del final del Neolítico. En su caso, creo que ya no es tema de discusión la realidad del proceso. Me propongo dar una rápida visión de sus manifestaciones arqueológicas, para poder argu-

<sup>2</sup> Este texto lo escribí unos días después de su discurso que me impresionó mucho.

mentar mejor que es lo que permanece o cambia en la Edad del Bronce o más concretamente en el contexto argárico, como podemos ver en el Calcolítico respecto del Neolítico final.

En primer lugar *los poblados al aire libre*, que suponen una concentración de población, de mayor o menor entidad según los casos, y, en consecuencia una organización social del grupo, a fin de explotar y disfrutar los recursos del espacio elegido previamente, en cuyo dominio se asientan. Cada vez más, la elección del lugar de asentamiento viene condicionada por la actividad económica del poblado, o la condiciona de forma más o menos diversificada, pudiéndose diferenciar distintas categorías, según su actividad primordial, su extensión y esfera de acción, e incluso su categoría dominante o subordinada. De ahí que muchos autores califiquen de «complejidad social» el nuevo sistema de relaciones dentro de la agrupación del poblado y de interrelaciones con otros grupos.

Desde un punto de vista estructural, existen diferentes tipos de instalación. En llanura, abiertos o provistos de una cerca e incluso un fosado, con casas de estructuras perecederas, de las que han quedado restos de diversas formas: «fondos de cabaña», «silos», pozos de extracción de arcilla después convertidos en basureros, zanjas..., la parte subterránea de las casas. Son difíciles de localizar y excavar, en gran parte porque están situados en zonas de gran potencial agrícola: Valle de la Albaida, Campiñas del Guadalquivir, Tierra de Barros..., en terrazas de ríos, o en zonas costeras de playa con recursos marinos. A veces también hay poblados en llanura con casas de zócalos de piedra. Los situados en altozanos o en lugares elevados, dominantes, acostumbran a tener estructuras más sólidas, con zócalos de piedra y cercas, que muy frecuentemente parecen tener un carácter defensivo, como es el caso de Los Millares. Las viviendas suelen ser chozas circulares de dimensiones reducidas, siendo muy importante el espacio exterior de las casas donde se centran la mayor parte de las actividades y los basureros. Las casas, de zócalos de piedra y, en general con el suelo de tierra batida rehundido en el interior, suelen tener sus muros de barro mezclado con paja u otros elementos vegetales, formando un tapial sin encofrado y las techumbres de ramás de mayor tamaño también cubiertas de barro. Incluso en algún caso se ha visto que el barro había sido seleccionado por su plasticidad. En la casa 4 del Cabezo del Plomo se utilizó un barro muy fino y plástico procedente del interior de la cueva del poblado. Pero no siempre las casas son chozas circulares, las hay ovaladas y absidales de tendencia rectangular, sobre todo en momentos avanzados, como es el caso de el poblado de llanura de El Prado de Jumilla, en el de Parazuolos, o en el de El Malagón en un altozano. Tipos arquitectónicos que se generalizaron en época argárica, en que hay que destacar la división de la vivienda en distintos espacios de uso.

Esta diversificación del poblamiento se da también en época argárica, tanto por su localización como por su

actividad y función primordial. Hoy en día —con el avance de la investigación y, en consecuencia, de nuestro conocimiento—, se ha roto el viejo esquema del prototipo de poblado argárico fortificado en altura, obligando a cambiar los rígidos modelos defendidos hasta hace poco. Muchas supuestas murallas son en realidad muros de contención de terrazas artificiales, en las que se distribuyen las casas del poblado, en una nueva y original manera urbanística de ampliar el espacio disponible. En el periodo anterior en cambio, los poblados mayores están situados en elevaciones amesetadas donde las ampliaciones sucesivas suponen la construcción de nuevas cercas exteriores que en cierran un recinto mayor, como es el caso de Los Millares, que en el último momento en cambio, se repliega al reducido espacio de la «ciudadela» y los fortines. Los poblados pequeños, cuando resultaban insuficientes para posibles ampliaciones, debieron de abandonarse, por lo que parecen tener una vida relativamente corta (Cabezo del Plomo).

Las casas argáricas están construidas con zócalos de piedra y paredes y cubiertas de barro y ramás o troncos. Las plantas alargadas, de tendencia rectangular o absidal, con el suelo rehundido, tienen antecedentes en el Calcolítico, aunque su solidez, enlucidos de suelos, paredes y techos, con entramados de cañas y cuerda de esparto, a veces impermeabilizados con «tierra láguena» (pizarra descompuesta), e incluso decorados con remates y adornos de barro (Almendricos), muestran una notable evolución. Pero es sobre todo la organización interna del espacio, con «cocinas», vasares, bancos, alacenas y muretes de separación interior, la que muestra un mayor desarrollo, una clara evolución de la vida familiar que en ella desarrolló la sociedad argárica (Ayala, 1991).

En la *vajilla cerámica* calcolítica se distingue una fina «de mesa» y otra de tipos más toscos de cocina y almacenamiento. En general, los fondos siguieron siendo cóncavos y las formás de tendencia esférica o semiesférica, a veces con carena o perfil en S, pero también aparecieron algunos fondos planos que estarían de acuerdo con el uso de bancos o suelos bien nivelados. Son escasos los soportes, aunque han aparecido algunos de esta época sobre todo en poblados del Bajo Guadalquivir, Huelva y el Algarve. Lo más destacado es el uso de platos y fuentes, que reflejan posiblemente nuevos hábitos alimenticios y de relación entre los comensales. En época argárica la cerámica se caracteriza por sus superficies lisas y bien espatuladas o bruñidas, incluso con engobes. Mejoró mucho desde el punto de vista tecnológico, en la depuración de barros y desgrasantes, la cocción y moldeado, consiguiéndose a veces una producción casi «industrializada», de gran uniformidad y homogeneidad (García López, 1992; Ayala *et alii*, 1997). En cambio, es curioso que persistan los fondos convexos que dan a la pieza una posición oscilante, suplida por los soportes, o piés, a veces muy desarrollados como en las copas. La falta de asideros se atenua con las carenas.

que facilitan la sujeción con las dos manos. En suma, una cerámica en general de gran calidad, de una cierta sofisticación y que evidencia una gran evolución respecto a sus antecesoras. La *cerámica campaniforme* apunta algunas formas que se interpretaron y desarrollaron en las cerámicas lisas de la Edad del Bronce: vasos alargados y estrechos en S, carenas, soportes, fruteros, copas.

Pero la cerámica campaniforme merece un comentario y reflexión en el tema que tratamos de tránsito del Calcolítico al Bronce. Sigue apareciendo como una cuña, una interferencia, a finales del Calcolítico. Hemos suprimido «la cultura campaniforme», porque verdaderamente no existe un contexto definido, personalizado, por elementos suficientes como para englobar el tipo cerámico. Harrison en cambio, sigue refiriéndose a la «cultura del Vaso Campaniforme», aunque reconozca su enorme variabilidad, sobre todo en lugares como Italia y España, donde la técnica de trabajo del cobre es anterior a la aparición del vaso campaniforme (Harrison, s.a.). Es cierto que el vaso campaniforme suele ir acompañado de algunos materiales «nuevos» como el oro o el marfil, botones con perforación en V o brazales de arquero, junto con nuevos tipos metálicos de cobre como las puntas de jabalina tipo Palmela, los puñales de lengüeta o los punzones en forma de aguja de brújula. Pero estas novedades son relativas. Al menos en la Península, parece que la tecnología metalúrgica que aparece junto al campaniforme en la Meseta, donde se han analizado materiales procedentes de una veintena de yacimientos, no presenta ninguna diferencia respecto a la propiamente Calcolítica generalizada en toda la Península, por lo que no sería adecuado incluirla en un Bronce antiguo, ni siquiera referirse a una metalurgia campaniforme, sino más bien como «*metalurgias asociadas al fenómeno campaniforme*» (Rovira y Montero, 1994)

El vaso campaniforme en sí, aparece como un elemento algo exótico, apreciado, valioso, que acompaña al ajuar del difunto en diferentes tipos de ritual funerario, que se imitando lugar a diversos estilos, no sólo en nuestra Península sino también en el resto de Europa y las islas, cualquiera que sea su controvertido origen. Y, sobre todo, se puede situar cada vez en más casos, en la secuencia final de poblados Calcolíticos. Sin lugar a dudas, un mejor conocimiento de esta etapa final es indispensable para una correcta valoración del proceso evolutivo que desemboca en la Edad del Bronce. En el estado actual del conocimiento, toda interpretación del «fenómeno» es muy arriesgada y todavía en fase de discusión envuelta en redes o tramás de las que el campaniforme siempre parece salir con ventaja.

Para empezar, existe el problema de su cronología absoluta —entre el 2600-1900 A.C.—, al parecer esquiva al C14 y sus calibraciones, que se salva gracias a las secuencias culturales de los poblados o a las asociaciones de las tumbas. Esto hace que el problema no sea tan grave cuando sólo nos interesa a nivel Peninsular y no nos preocupa su origen foráneo o no, sino precisamente su papel, lo que

puede representar en el «cambio cultural». Hemos visto que la metalurgia asociada parece ser semejante a la Calcolítica, que hay algunos elementos nuevos como el marfil y el oro y la dispersión de la propia cerámica, cuya presencia parece justificar su movilidad e interferencia en contextos calcolíticos muy diversos. Y precisamente por esta movilidad, por esta falta de asociación concreta a un contexto de habitación o funerario determinado, nos encontramos ante una situación un tanto indecisa e incómoda. Sin embargo, hay que reconocer que, en un periodo en que predominan los enterramientos colectivos, son muy numerosas las sepulturas en fosa individuales, con el esqueleto replegado sobre sí mismo, y acompañados de cerámica campaniforme y alguno o todos los objetos del llamado «equipo», sobre todo de los grupos Palmela o Ciempozuelos (Fuente Olmedo, Villabuena del Puente) (Delibes de Castro, 1977)

El análisis de la cerámica y, sobre todo, de sus técnicas decorativas, hizo que Bosch Gimpera (1944, p. 64-65) afirmara sus raíces indígenas en el Neolítico antiguo de las cerámicas decoradas, cardiales, impresas, incisas, de punto en raya..., como un resurgir de viejas tradiciones soterradas en la población indígena, que parecían olvidadas a lo largo del IV milenio, por la preponderancia de las cerámicas lisas del Neolítico final-Calcolítico, aunque en realidad las decoradas nunca llegaron a desaparecer del todo, particularmente en determinadas áreas de Portugal, la Meseta y Andalucía. ¿Qué hay realmente tras estos cambios?

En alguna ocasión he pretendido relacionar el «nuevo Neolítico» acompañado del megalitismo, con el fenómeno de aculturación, de las poblaciones de tradición cazadora recolectora epipaleolítica, contemporáneas de nuestro primer Neolítico. A esta población atribuí el concepto clánico de los enterramientos colectivos, megalíticos o no (Muñoz, 1996). Se trata de una sugerencia muy osada, sin duda, sobre todo si tenemos en cuenta el gran éxito del nuevo ritual funerario a lo largo de todo el periodo Calcolítico. La vieja tradición neolítica de enterramiento individual en fosa sólo pervive en algunos grupos muy concretos como es el caso de los «sepucros de fosa», y vuelve a aparecer en el Calcolítico final, precisamente con el vaso campaniforme. No se puede olvidar además, que este ritual se consolidó en época argárica y de forma generalizada en la Edad del Bronce. Además, en el caso de El Argar, el enterramiento, con el cadáver encogido, se suele hacer bajo el suelo de la vivienda, como en los «mejores» tiempos neolíticos, vinculando al individuo a su estrecho núcleo familiar. ¿Significa esto la vuelta a una estructura social más individualista en que determinadas familias ejercen su poder de privilegio? ¿O más bien la vuelta al núcleo familiar individualizado de tipo neolítico, sin deméasadas diferencias, unidos voluntariamente para una producción y destinos comunes, lejos del concepto de grupos aristocráticos de tradición clánica?.

La verdad es que he leído con el mayor interés lo que se ha escrito recientemente sobre «arqueología de la muer-

te» en nuestra Península, pero confieso que no he encontrado lo que buscaba (Fábregas, Pérez Losada y Fernández Ibáñez, 1995). La valoración de las sepulturas como «hallazgos cerrados» y la posibilidad de estudiar las asociaciones de las piezas cerámicas para establecer sincronías y diacronías, es una práctica muy vieja —ampliamente utilizada por Flinders Petrie en las necrópolis de Nagadda— y me parece muy bien que se retome y renueve su interés y uso. Los análisis sociológicos y políticos en función de las categorías de las sepulturas y sus ajuares, aplicando métodos estadísticos, también son otra interesante vía de investigación con todas las reservas que impone el propio método. Pero en este momento me gustaría saber que puede representar desde un punto de vista sociológico la ruptura del ritual funerario colectivo y su sustitución por el de inhumación individual, de forma tan rotunda, por la población argárica. M<sup>a</sup> Manuela Ayala se refiere a un proceso evolutivo en el ritual de enterramiento desde finales del Calcolítico, con enterramientos colectivos con un escaso número de individuos, para pasar en época argárica al enterramiento individual —en cistas, covachas, urnas o fosas—, y, como caso excepcional un máximo de tres individuos. Los enterramientos dobles, de una pareja, documentados en varios yacimientos, podrían indicar la relación monogámica y la posibilidad de que esta práctica explicara el cambio de rito. También indica que el verdadero cambio es el abandono de la cremación parcial de los muertos, práctica relativamente frecuente en los enterramientos colectivos del SE, y la vuelta al «*abandonado ritual neolítico, la inhumación en posición fetal, en cuclillas*» (Ayala, 1995, p. 245). Es difícil aproximarnos a las causas o significado de este cambio, y no voy a entrar en elucubraciones —creo que ya he hecho bastantes—, pero sí quiero insistir en el ritual que con frecuencia notable acompaña al vaso campaniforme.

Lo que parece claro, es que la investigación del periodo en que está presente el vaso campaniforme, hay que abordarlo desde nuevas perspectivas, como si este fuera un elemento secundario. Después de la meritoria obra de Castillo (1928), se ha seguido estudiando tipológicamente, con una especie de fascinación obstinada por la aparición del dichoso vaso por toda Europa. De momento hay que olvidarse de la variada tipología que —como ya sabemos— no siempre responde a secuencias claras. Hay que insistir en conocer mejor los verdaderos rasgos culturales relacionados con la vida y la muerte de las gentes que lo usaron, fabricaron o imitaron. La necesidad de nuevas vías de investigación se ha manifestado claramente (Harrison, 1955).

En este sentido, me parece que una vía a seguir es la que se nos ofreció con motivo del centenario del hallazgo de Ciempozuelos (Blasco, 1994): la distribución del poblamiento, la reocupación sucesiva de un mismo lugar, la casi ausencia total de suelos, los tipos de frágiles estructuras —«fondos de cabaña», «hoyas», «silos», «zan-

jas»—, «*que aparecen en esta región a partir de Neolítico final y seguirán utilizándose hasta época medieval, si bien las máximas concentraciones se producen en yacimientos del Bronce clásico y final...*». También es interesante, dentro de esta continuidad, Calcolítico-Campaniforme-Bronce, el hecho de que en la cabaña 013 de El Ventorro, se hayan determinado varios espacios de uso: hogar, taller de talla, taller metalúrgico (Blasco, Baena y Recuero, 1994, p. 57). Todo ello son indicios muy escasos, de momento, de un enlace entre el Calcolítico y el Bronce sin solución de continuidad. Otro aspecto interesante es el estudio analítico de la cerámica, las diferencias tecnológicas en la matriz y las superficies de las cerámicas decoradas campaniformes, que ya se habían detectado de visu en el característico «corte en sandwich» de la producción campaniforme. La movilidad de la población, la explotación del territorio, las fuentes de abastecimiento de materias primas, son otros muchos aspectos estudiados en torno al grupo Ciempozuelos. En cuanto al mundo funerario (Blasco, Sánchez Capilla y Calle, 1994), a la ya conocida necrópolis de Ciempozuelos y a la rica y única sepultura megalítica de Entretérminos, hay que añadir otras nuevas en fosa con campaniforme, puntillado e inciso tipo Ciempozuelos, aunque no esté del todo resuelto el problema de la relación de las sepulturas con el lugar de habitación.

Como ya he dicho antes, tengo confianza en los logros de nuestra ciencia y pienso que algún día se podrá explicar quizás que representa la etapa campaniforme del Sureste —inmediatamente anterior al desarrollo de la cultura argárica— en Los Millares, cuando parece que había entrado en crisis la creación de «Imperio Calcolítico» del gran poblado ¿Se debe esta «ocupación» campaniforme al cambio producido en la organización interna, a nuevas esperanzas y aspiraciones que rebasan las estructuras anteriores?

En todo caso, no parece que la organización lograda por nuestras sociedades de la Edad del Bronce, tampoco tuviera gran fortuna. Y es curioso tener en cuenta que de nuevo se ven rebasadas cuando hacen su aparición vientos o, más bien, intereses económicos nuevos, esta vez venidos del Mediterráneo oriental. Vientos que sirvieron para despertar esperanzas dormidas, que como siempre, sólo alcanzarán a algunos. Nuestras poblaciones indígenas de la Edad del Bronce, y, en general todas las de Europa en el II milenio, nunca llegaron a alcanzar una organización de tipo estatal, con un poder fuertemente centralizado. Sólo en Creta y en menor grado en Micenas, se llega a un poder que podríamos calificar de monárquico al estilo oriental, que, en todo caso, supone una expansión comercial más que territorial.

Se podrían citar algunos ejemplos de continuidad entre las poblaciones Calcolíticas y las de la Edad del Bronce del Sureste, pero la verdad es que no son suficientemente expresivos. Quizás se ha hecho una sobrevaloración de la estratigrafía y sus secuencias, cuando lo importante sería contar con más excavaciones en extensión, con una docu-

mentación más amplia del contexto en que aparece el campaniforme. En la mayoría de los casos simplemente se documenta la presencia del «sustrato» Calcolítico, la interferencia campaniforme, que a su vez se ven afectadas en las estratigrafías por las fosas de enterramientos argáricos, excavadas en el subsuelo de habitación argárico. Se puede documentar la continuidad del poblamiento y su evolución, así como el problema del ritual funerario, su aparente «discontinuidad», pero es más difícil tratar de afirmar o interpretar su proceso evolutivo. Tal es el caso de los poblados del Cerro de la Virgen en Orce (Granada), el de Hornos de Segura (Jaén) o el Cerro de las Víñas de Coy (Murcia).

Más recientemente, se ha podido determinar una continuidad del poblamiento del Calcolítico al Bronce, en el Cerro de las Víboras de Bajil en Moratalla, que, según declaraciones de su excavador, se empezó a estudiar con la finalidad de «profundizar en el problema de la transición del Calcolítico al Bronce antiguo» (Eiroa, 1993-94; *id.*, 1995, p. 179 *passim*). Tiene además el interés de estar en una zona de la Sierra del NO de Murcia, límite meridional de La Mancha occidental, «poblado de frontera», en palabras de su editor. A la fase Calcolítica se atribuye la necrópolis megalítica próxima en cuyos ajuares se documenta vaso campaniforme, mientras que el mundo funerario del Bronce está ampliamente representado en el propio lugar de habitación. Hay que esperar que la continuidad de los trabajos, permita un mejor conocimiento del hábitat Calcolítico y sobre todo de la fase campaniforme.

### III. BIBLIOGRAFÍA

- AYALA JUAN, M<sup>a</sup> M., 1991: *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- AYALA JUAN, M<sup>a</sup> M., 1995: «Edad del Bronce antiguo y medio: la cultura argárica», *Prehistoria de la región de Murcia* (Eiroa, J. J., ed.), p. 227-261.
- AYALA JUAN, M<sup>a</sup> M. *et alii*, 1999: «La Serrata, taller alfarero argárico», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena, 28 al 31 de octubre de 1997), Murcia, 1999, p.114-116.
- BLASCO, M<sup>a</sup> C. (ed.), 1994: *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BLASCO, M<sup>a</sup> C., BAENA, J. y RECUERO, V., 1994: «Los asentamientos», *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos* (Blasco, M<sup>a</sup> C. ed.), Madrid, p. 47-73.
- BLASCO, M<sup>a</sup> C., SÁNCHEZ CAPILLA, M<sup>a</sup> L. y CALLE, J., 1994: «El mundo funerario», *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos* (Blasco, M<sup>a</sup> C. ed.), Madrid, p. 75-99.
- BOSCH GIMPERA, P., 1932: *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P., 1944: *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Universidad de Méjico, Méjico.
- CASTILLO YURRITA, A. del, 1928: *La cultura del vaso campaniforme*. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- DELIBES DE CASTRO, G., 1977: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española* (Studia Archaeológica, 46), Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DELIBES, G., 1987: «El significado del campaniforme de Ciempozuelos», *Bell Beakers of the Western Mediterranean*. The Oxford International Conference, p. 23-24.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M., 1987: «Sobre la supuesta dualidad megalitismo/campaniforme en la Meseta superior», *Bell Beakers of the Western Mediterranean*. The Oxford International Conference, p. 173-192.
- EIROA GARCIA, J. J., 1993-94: «Aspectos funerarios del poblado de Bajil (Moratalla, Murcia) (Niveles de la Edad del Bronce)», *AnMurcia*, 9-10, p. 55-76.
- EIROA, J. J. (ed.), 1995: *Prehistoria de la Región de Murcia*. Universidad de Murcia, Murcia.
- EIROA, J. J., 1995: «Del Calcolítico al Bronce Antiguo», *Prehistoria de la región de Murcia* (Eiroa, J. J., ed.), p. 179-226.
- FÁBREGAS, R., PÉREZ LOSADA, F. y FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (coord.), 1995: *Arqueología da morte*. Ayuntamiento de Ginzo de Limia.
- FERNÁNDEZ POSSE, M. D. y MARTÍN, C., 1991: «El Calcolítico y la Edad del Bronce en la Meseta», *Veinte años de Arqueología en España*. Homenaje a Emeterio Cuadrado Díaz. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, n<sup>o</sup> 30-31, p. 75-86.
- GARCÍA LÓPEZ, M<sup>a</sup> M., 1992: *La Bastida de Totana. Estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Universidad de Murcia, Murcia.
- GARCÍA SANJUÁN, L. y HURTADO PÉREZ, V., 1996: «Los inicios de la Jerarquización Social en el Suroeste de la Península Ibérica (c. 2500-1700 a.n.e.). Problemás conceptuales y empíricos», *Saguntum*, 30, p. 135-152.
- HARRISON, R.J. 1995: «Problemática del Vaso Campaniforme», *El Calcolítico a debate* (Hurtado, dir.), p. 31-33 y ss.
- HARRISON, R. J., s.a.: La cultura dei Vasi Campaniformi: 2600-1900», *Separat de la Storia d'Europa*, a cargo de J. Guilaine y S. Settis, vol II, p. 333-353.
- HURTADO, V. (dir.) 1995: *El Calcolítico a debate*. Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica (Sevilla 1990). Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla. Edición Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Sevilla.
- LOPEZ GARCÍA, P. (ed.), 1991: *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca del noroeste de Murcia*, vol. I, C.S.I.C. Madrid.

- MARINA, J. A. 1997: «Crónicas de la Ultramodernidad», *ABC Cultural, Creación ética*, nº 312, de 24 de octubre, p. 62.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1991: «El Calcolítico y la Edad del Bronce en Andalucía», *Veinte años de Arqueología en España*. Homenaje a Emeterio Cuadrado Díaz. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, nº 30-31, p. 55-74.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M<sup>a</sup> I., 1989: *Una revisión crítica de la Prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*. Siglo Veintiuno edit., Madrid.
- MARTÍNEZ, A., PONCE, J., AYALA, M<sup>a</sup>. M. 1996: *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca*. Ayuntamiento de Lorca, Lorca.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M<sup>a</sup>, 1996: «Reflexiones en torno al megalitismo de Europa occidental», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 9, p. 281-289.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M<sup>a</sup>, 1999: «El mundo indígena del Neolítico al Bronce», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena, 28-31 de octubre de 1997). Murcia, p. 72-83.
- ROVIRA, S. y MONTERO, I., 1994: «Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid», *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos* (Blasco, M<sup>a</sup>. C. ed.), Madrid.